

EL IMPERIALISMO Y LA HISTORIOGRAFÍA DE LA INDIA ANTIGUA

DAVID LORENZEN
El Colegio de México

Una vez un seguidor del bandido Chih le preguntó si los ladrones podían utilizar la sabiduría y la moralidad. "Claro que sí", dijo el bandido Chih, "exactamente igual que cualquier otra persona. Para encontrarse en una casa desconocida y adivinar infaliblemente dónde se esconde su tesoro, se necesita seguramente de la inspiración. Para ser el primero que entra se necesita la valentía; para ser el último que sale se necesita el sentido de deber. Para nunca intentar lo imposible se necesita la sabiduría. Para dividir el botín con justicia se necesita la bondad. Nunca ha habido o podrá haber una persona a quien estas cinco virtudes le falten y llegue a ser verdaderamente un gran bandido".¹

CHUANG TZU.

LA HISTORIA DE GRAN BRETAÑA desde mediados del siglo XVI hasta mediados del siglo XX es en gran medida la historia del ascenso y la caída del Imperio Británico. El mismo tema domina la historia de la India desde mediados del siglo XVIII. Un evento intelectual importante de este período fue el descubrimiento y reconstrucción de la historia de la India antigua. Originalmente realizada bajo el patrocinio británico, eventualmente esta historia llegó a ser un arma ideológica esgrimida tanto por los imperialistas como por los nacionalistas durante la lucha por la independencia. Se propondrá aquí que el descubrimiento de la India antigua no fue solamente un producto secundario de la occidentalización de la India, sino que las autoridades británicas lo fomentaban y pa-

¹ Traducido de A. Waley, *Three Ways of Thought in Ancient China* (Garden City, 1963), p. 74.

trocinaban para servir a las necesidades tanto prácticas como ideológicas del gobierno imperial. La hipótesis principal o presuposición ideológica fundamental de las obras más influyentes escritas por historiadores británicos estaba basada en una convicción de la superioridad absoluta de la herencia cultural inglesa y europea y una convicción de la inferioridad de la herencia cultural india. Las historias escritas por indios y europeos generalmente o aceptaban implícitamente esta hipótesis o se escribían como reacción en su contra. Es solamente en la época postindependencia que se empieza a oír una nueva voz entre los historiadores de la india antigua, basada en el análisis del cambio y el conflicto social.

Se ha intentado varias veces la división de los historiadores de la India en escuelas diferentes. En una entrevista con Yashodhara Dalmia del periódico *Times of India* (el 9 de noviembre de 1975), Romila Thapar sugirió que la historia de la India ha tenido tres tendencias principales: la de los orientalistas, la de los utilitarios y la de los nacionalistas. A éstas agrega la de los comunialistas e, implícitamente, la de los historiadores modernos "científicos" que pretenden incorporar en su obra los resultados y las técnicas de las ciencias sociales y la arqueología. Aunque esta división es quizá útil en términos prácticos, es en realidad lógicamente inconsecuente e incompleta. En lugar de criticar esta formulación en detalle —que es de todos modos producto de una entrevista periódica casual— prefiero ofrecer una alternativa que trata de evitar estas dificultades.

Parece más conveniente dividir los historiadores del período preindependencia en dos escuelas o tendencias principales: los que directa o indirectamente apoyaban a los intereses británicos y los que se oponían a estos intereses. Durante las primeras etapas de la expansión imperial de Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII la falta de información básica sobre la cultura y la historia de la India eran un impedimento para la consolidación imperial. Eran los orientalistas quienes ofrecían esta información. Aunque la mayoría de los primeros orientalistas no tenían muchos pre-

juicios en contra de la cultura india, consciente o inconscientemente servían a las necesidades imperiales y frecuentemente al gobierno que los patrocinaba.

Desde el punto de vista del gobierno el orientalismo había cumplido con su tarea esencial para mediados del siglo XIX si es que no antes. Después de la segunda mitad de ese siglo hubo, sin embargo, un renacimiento marcado del orientalismo encabezado por F. Max Muller, un alemán radicado en Inglaterra, y algunos otros estudiosos alemanes y europeos como Franz Bopp, Otto Bohtlingk, Rudolf Roth, Christian Lassen y Louis de la Valle Poussin. También pertenecían esencialmente a esta escuela algunos historiadores de nacionalidad india como Sir R. G. Bhandarkar, H. C. Raychaudhuri, H. C. Ray. y, en cierta medida, el decano actual de historiadores indios, R. C. Majumdar, quien a veces y desafortunadamente se rinde a prejuicios comunales. Las obras de esta segunda generación de orientalistas se caracterizan por un compromiso escrupuloso con la precisión, una recolección exhaustiva de todos los hechos disponibles, y una evasión casi obsesiva a la valoración y la generalización sistemáticas. Muchos de estos orientalistas manifestaban un afecto y un entusiasmo reales hacia su materia. No obstante, el hecho de que trabajaban exclusivamente con materiales antiguos de una manera generalmente obscurantista y pedante resultó que para las autoridades imperiales eran relativamente inocuos. En consecuencia algunos seguían recibiendo un patrocinio limitado de ellas.² Desde el punto de vista imperial era muy importante la mera neutralidad ideo-

² En términos del número de cátedras del sánscrito, el gobierno alemán era más generoso que el británico. Muchos de los orientalistas alemanes trabajaban con temas relacionados con la filología indo-europea y los arios, una obsesión alemana especial. La fascinación con los arios también llegó a los mismos indios quienes usaban el tema para propósitos muy variados, desde el anti-imperialismo al comunismo y al chauvinismo regional entre los norteños y los drávidas. Otro tema importante de esta segunda generación de orientalistas era el de la espiritualidad de la India, sobre todo la India antigua. Este tema también tenía varios usos políticos e ideológicos. Para los ingleses que lo aceptaban, la idea podía probar la falta de capacidad de los indios para manejar cosas prácticas como su propio gobierno y economía. Para los indios podía probar su superioridad en lo que realmente importa, la ciencia

lógica de estos estudiosos. Virtualmente ninguno de ellos intentaba levantar un contraataque efectivo contra las interpretaciones imperialistas más populares de la historia y la sociedad antiguas de la India.

Entre las interpretaciones abiertamente imperialistas tres escuelas pueden distinguirse. La escuela evangélica recibió una aprobación popular sólo durante un breve período, pero produjo por lo menos una obra de gran influencia en el *Observations on the State of Society among the Asiatic subjects of Great Britain* de Charles Grant.⁸ Una escuela muy afín a la Evangélica fue la de los utilitarios, su obra maestra fue la *History of British India* de James Mill, que llegó a ser un texto básico para funcionarios británicos en la India durante más de un siglo después de su primera publicación en 1817.⁴ Tanto Grant como Mili creían que podían hacer una valoración comprensiva de la cultura y sociedad de la India antigua en base a las traducciones de obras sánscritas y otros materiales disponibles en esa época. Ninguna historia política adecuada de la India antigua se publicó, sin embargo, hasta el *Early History of Ancient India* de Vincent Smith, publicado por primera vez en 1904. La obra de Smith es prácticamente la única historia antigua importante escrita, por lo que se puede llamar la escuela imperialista madura de la historiografía india, aunque esta escuela ha seguido

del alma. La historia intrincada del desarrollo de las ideas, en los estudios sobre los arios y la espiritualidad de la India no viene directamente al caso de este ensayo pero espero poder discutirla en detalle en artículos futuros.

⁸ Esta obra se escribió en 1792 y se publicó por primera vez en 1797. Se hizo una nueva impresión en *Parliamentary Papers*, 1812-13, X, Paper 282, pp. 1-112, y en *Parliamentary Papers*, 1831-32, VIII, Paper 734, General Appendix, Number 1, pp. 3-92. Esta última versión recién se ha impreso en la serie de papeles parlamentarios británicos publicada por la Irish University Press (*Colonies: East India*, Volume 5). Hemos consultado esta versión. Para Charles Grant, véase particularmente A. T. Embree, *Charles Grant and British Rule in India* (London, 1962).

⁴ Hemos usado una reimpresión de la edición en tres volúmenes de 1920 (New Delhi, 1972). Para los evangélicos y los utilitarios en la India, véase E. Stokes, *The English Utilitarians and India* (Oxford, 1959) y F. G. Hutchins, *The Illusion of Permanence* (Princeton, 1967). También interesante es C. H. Philips, "James Mili, Mountstuart Elphinstone, and the History of India", en C. H. Philips (ed.), *Historians of India, Pakistan and Ceylon* (London, 1961).

dominando el campo de la historia moderna casi hasta el presente. Después de Smith la mayoría de las obras sobre la historia antigua eran escritas por los orientalistas o, en grado menor, por los nacionalistas. No se publicó ninguna obra comparable en cuanto a su tamaño manejable y a su amenidad de estilo hasta el libro de Romila Thapar *A History of India* (volumen uno) que apareció por primera vez en 1966. Hoy en día la obra de Smith sigue siendo prescrita como texto en cursos sobre la historia de la India antigua en muchas universidades.⁵

La segunda de las dos escuelas o tendencias generales de los historiadores indios es la de los que se oponían a los intereses imperiales que aún hasta después de la independencia india eran notablemente pocos. En cuanto a la historia de la India británica los historiadores son virtualmente inexistentes, a menos que se incluyan teóricos antiimperialistas y economistas como Marx, Digby, Hobson, Dadabhai Naoroji y R. C. Dutt.

Entre los historiadores de la India antigua se pueden mencionar R. C. Dutt (*Early Hindu Civilisation*, 1888), R. D. Banerji (*Age of the Imperial Guptas*, 1933), K. P. Jayaswal (*History of India*, 1933, y otras obras), y J. Nehru (*The Discovery of India*, 1944). El hecho de que pocos de estos autores fueran historiadores académicos atestigua la eficacia del control ideológico que el gobierno ejercía tanto sobre sus propias universidades como sobre las de la India y también la amenaza al gobierno imperial que estos historiadores representaban. Generalmente estos historiadores han sido clasificados como nacionalistas aunque el nacionalismo implícito en sus obras era de tipo necesariamente tímido y vicario.

⁵ Hemos usado una reimpresión de la cuarta edición publicada por primera vez en 1924 (Oxford, 1957). Una discusión perspicaz de la obra de Smith se encuentra en A. L. Basham, "Modern Historians of Ancient India", en el libro de Philips. Otra obra importante de Smith es *The Oxford History of India*, publicada por primera vez en 1919. En la tercera edición de 1957, M. Wheeler, A. L. Basham y J. B. Harrison corrigieron las secciones sobre la India antigua y medieval. La de la India moderna no podía usarse y P. Spear escribió otra.

Desde la independencia, la historia de la India como disciplina ha entrado en un período de gran fermento como era de esperarse por el cambio radical en la situación política. Las historias escritas en inglés siguen siendo dominadas por un punto de vista imperialista modificado, particularmente las escritas por los historiadores británicos y americanos, pero esta interpretación está cada vez más atacada por una nueva generación de historiadores radicales y antiimperialistas encabezada por Bipan Chandra y otros. Su antiimperialismo se distingue de el de otros estudiosos en el sentido de que frecuentemente se combina con una crítica aguda del movimiento nacionalista y del desarrollo de la India desde la independencia. Al mismo tiempo estudiosos como Nurul Hassan, Irfan Habib, Satish Chandra y S. A. A. Rizvi han elevado el nivel académico de la historia medieval, un cambio muy agradable después de las historias narrativas producidas durante el período británico de un estilo erudito, pero generalmente tedioso, y a veces desvirtuadas por un sentimiento comunalista.⁶ En el campo de los estudios antiguos, la tradición orientalista ha seguido más o menos sin interrupción, principalmente en las manos de la vieja generación de estudiosos, mientras otros, cansados de la acumulación perpetua de los "hechos" históricos, se han dedicado a una nueva valoración de la herencia antigua de la India. Tres de ellos se destacan: A. L. Basham, D. D. Kosambi y Romila Thapar.

Dada la pretendida división de los historiadores de la India antigua entre los que apoyaban y los que se oponían a los intereses imperiales, queda por mostrarse con ejemplos específicos por qué el gobierno apoyaba y patrocinaba a los primeros orientalistas; cuáles eran las presuposiciones ideo-

⁶ Hay que hacer una excepción parcial a esta valoración negativa de los historiadores medievales en el caso de W. H. Moreland. Moreland era un funcionario del Servicio Civil de la India y escribió desde un punto de vista profundamente imperialista, pero su fe en que el curso de la historia india estaba determinado por factores económicos, y no por los de casta y por la tiranía política, permitía que Moreland superara sus propias limitaciones y estableciera la base para los nuevos historiadores del período. Véase J. B. Harrison, "Notes on W. H. Moreland as Historian", en Philips, *op. cit.*

lógicas de los historiadores evangélicos, utilitarios, e imperialistas maduros; y cómo los nacionalistas les contradecían. La discusión se terminará con un breve examen de las tendencias futuras posibles en los estudios de la India antigua sugeridos por las obras de Basham, Kosambi y Thapar.

Para el fin de la Guerra de los siete años (1756-1763) con Francia, la Gran Bretaña había eliminado a la mayoría de sus rivales políticos importantes, tanto europeos como indios, y había llegado a ser la potencia dominante en el subcontinente indio. A pesar de su larga relación con la India, que se remontaba a la fundación de la Compañía de las Indias Orientales en 1599, la Compañía y el gobierno británico no estaban bien preparados para asumir el control directo de los grandes territorios que habían conquistado, como dijo después J. R. Seeley, "en un ataque de distracción". Para 1763 los territorios controlados incluían a la mayor parte de Bengala, Bihar y Orissa además de áreas substanciales alrededor de Madras y Bombay. Es difícil saber cuál era la población total de estos territorios, pero una estimación plausible es de aproximadamente 16 000 000.⁷ Para que los pocos ingleses presentes en la India pudieran controlar y administrar sus conquistas, había una urgente necesidad de conocer los idiomas y la cultura, los sistemas políticos y legales, y sobre todo los detalles de la tenencia de la tierra y los de los impuestos prediales del país.

Desde un principio, la Compañía no tuvo más remedio que gobernar indirectamente a través de las existentes instituciones indias. Mientras su conocimiento del país aumentaba, los británicos, paso a paso, tomaban el control directo y reorganizaban el gobierno según sus propias necesidades y perspectivas. En el año 1765 la Compañía recibió del emperador mogol la *diwānī* de Bengal, es decir, el derecho de cobrar impuestos y administrar justicia civil. En 1769 se enviaron inspectores británicos a los distritos para dirigir la recolección de impuestos y hacia 1772 ya habían tomado el control directo sobre esta recolección y también habían em-

⁷ Grant, *Observations...*, p. 5.

pezado a administrar justicia civil a nivel del distrito. En 1786 la Compañía había asumido además la administración de la justicia criminal, eliminando así gran parte de lo que quedaba del gobierno dual. Desde 1793, época del Permanent Settlement del impuesto predial, los británicos habían terminado prácticamente con la conversión del gobierno y la economía al modelo colonial clásico.

Durante estos treinta años desde 1763 hasta 1793 el esfuerzo principal se dirigía necesariamente a la reorganización de los sistemas legales, políticos e impositivos de los territorios conquistados, pero es también durante este período que se dieron los primeros pasos hacia el descubrimiento de la India antigua. El líder principal entre los orientalistas del siglo XVIII fue el brillante Sir William Jones (1746-94), quien llegó a la India en 1783 para ocupar un puesto de juez en la Corte Suprema en Calcuta. Aprendía el sánscrito con la ayuda de Charles Wilkins (1749-1836), otro funcionario inglés. Wilkins tiene el honor de haber publicado la primera traducción directa del sánscrito al inglés en una versión de la *Bhagavad-gītā*, en el año 1784. Tres años más tarde Wilkins publicó una traducción del *Hitopadeśa* mientras Jones publicó otras de la *Sakuntalā* de Kálidāsa (1789), el *Gṛāgovinda* de Jayadeva (1792), y el importantísimo texto clásico de la ley, el *Mānava-dharma-sāstra* (1794). Jones y Wilkins colaboraron en la fundación de la Sociedad Asiática de Bengala en 1784 y de su revista, *Asiatick Researches*, cuyos artículos constituyeron gran parte de las bases para el estudio científico de la India antigua. Dada la necesidad del gobierno, no es sorprendente que varios de estos primeros orientalistas hayan traducido textos legales. Uno de ellos fue Nathaniel B. Halhed (1751-1830), un estudioso del persa quien publicó la versión en inglés de una condensación persa de algunos textos legales hindúes bajo el título *The Gentoo Code*, en 1776. Henry T. Colebrooke (1765-1837) publicó la traducción de un compendio legal hindú más completo en 1798 bajo el título *Digest of Hindu Law*.⁸

⁸ Hay una amplia literatura secundaria sobre los primeros orientalistas.

Algunas de estas publicaciones se vendían bastante bien como para no requerir financiamiento especial. Personas particulares fomentaban otras. Sin embargo la Compañía de las Indias Orientales era la fuente principal de patrocinio, particularmente bajo el gobierno de Warren Hastings (1772-85), quien conocía el persa, el idioma oficial de la corte de Bengala, y estimaba la cultura india, tanto musulmana como hindú. Cualesquiera que fueran sus predilecciones personales, cuando tenía que justificar el dinero gastado en el estudio de la cultura indígena, Hastings y los autores que recibían el patrocinio, lo hacían en términos eminentemente prácticos.

Hastings, por ejemplo, recomendaba la traducción de la *Bhagavad-gītā* hecha por Wilkins a N. Smith, al presidente de la Compañía de las Indias Orientales, con los argumentos siguientes:

Toda acumulación del conocimiento, especialmente tal como se obtiene por la comunicación social con la gente sobre la que ejercemos un dominio fundado en el derecho de la conquista, es útil para el estado: es ganancia para la humanidad; el caso específico que mencioné, atrae y concilia afectos enajenados; reduce el peso de la cadena que tiene a los nativos sujetos; e imprime en los corazones de nuestros propios compatriotas el sentido y la obligación de la benevolencia.⁹

Wilkins le recomendó su trabajo a Hastings de una manera semejante:

El mundo, señor, conoce tan bien su patrocinio ilimitado en general, y el estímulo que ha dado constantemente a mis compañeros del servicio, en particular, para que se capaciten mejor y puedan cumplir su deber en las varias ramas del comercio, el ingreso impositivo y la política, por medio del estudio de los idiomas, las leyes y las costumbres de los nativos, que han de

Hemos consultado particularmente: P. J. Marshall, *British Discovery of Hinduism* (Cambridge, 1970); G. Cannon, *Oriental Jones* (Bombay, 1964); J. W. Eider, "India and Western Intellectuals", en J. W. Eider (ed.), *Chapters in Indian Civilization*, Vol. II (Dubuque, 1970); A. L. Basham, *The Wonder That Was India* (2ª edición; Calcutta, 1975); y D. Kopf, *British Orientalism and the Bengal Renaissance* (Berkeley, 1969).

⁹ Carta de Hastings a Smith (1784), citada en Marshall, p. 189.

considerarse como el primer fruto del genio que usted ha estimulado y como una ofrenda debida con razón a la fuente de donde surgió.¹⁰

En la época en que escribían estos primeros orientalistas, la mayoría de los británicos consideraban que su gobierno en la India era temporal, aunque nunca definían claramente su límite, y no habían dejado de discutir la posibilidad de seguir gobernando a través de las instituciones e idiomas indígenas con una mínima imposición de cambios y "reformas" inevitables. Por ejemplo, en la misma carta dirigida a Smith citada antes, Hastings especulaba con la supervivencia de los textos hindúes "cuando el dominio británico en la India haya dejado de existir desde hace mucho tiempo". Para el año de la Permanent Settlement (1773), el clima ideológico había cambiado radicalmente. Una actitud imperialista más agresiva había surgido y la idea de permanencia del gobierno colonial se aceptaba más y más como el dogma absoluto.¹¹

¿Cuál era la base de esta nueva actitud? La mayoría de las autoridades modernas están de acuerdo en que el imperialismo significa la dominación económica, política y cultural de un estado-nación sobre otro (aunque por extensión el término se aplique a la dominación interna de una clase o un grupo étnico sobre otro). Gran parte de los desacuerdos provienen del peso y la prioridad que se atribuyen a cada uno de los tres factores y de sus interrelaciones.

Para los propósitos actuales no hay necesidad de repasar estos argumentos, pero cabe observar que pocos estudiosos han enfocado el imperialismo cultural —la *mission civilatrice* según los franceses— excepto para comentar que generalmente se basa en una mezcla curiosa de altruismo verdadero y de racionalizaciones ilusorias sobre la explotación colonial. Sin embargo, para investigar la influencia del imperialismo sobre los estudios de historia antigua de la India,

¹⁰ Carta de Wilkins a Hastings (1775), citada en Marshall, p. 192.

¹¹ Sobre este cambio véase particularmente Hutchins, *The Illusion...*

es obvio que el imperialismo cultural con sus actitudes psicológicas fundamentales y sus presuposiciones ideológicas tienen una importancia fundamental. Estas actitudes y presuposiciones desempeñaban de hecho un papel innegable no sólo en las decisiones económicas y políticas sino también en las decisiones culturales de los gobiernos imperialistas. En cierto modo los argumentos sobre la prioridad relativa de los factores económicos, políticos y culturales del gobierno colonial no vienen al caso, ya que los tres factores inevitablemente se mezclan y se modifican entre sí. Bipan Chandra ha descrito la situación muy claramente:

Así cuando decimos que se vea el colonialismo como una estructura, queremos decir que se vean de la colonia sus intereses, sus políticas, su estado y sus instituciones, su cultura y su sociedad, sus ideas y sus ideologías, y sus personajes como cosas que funcionan dentro de los parámetros de la estructura colonial, que en sí se define por la totalidad de sus interrelaciones.¹²

Es decir, cualquiera que sea el motivo original o principal para la expansión imperial, una vez establecido el gobierno colonial, sus programas políticos, económicos y culturales se integran para hacer un sistema complejo y mutuamente determinado.

En realidad se puede decir la misma cosa de todo gobierno o sociedad, incluso el de la metrópoli imperial, pero el gobierno y la sociedad colonial son diferentes por lo menos en un aspecto fundamental. Los programas económicos, políticos y culturales de la metrópoli definen los intereses y los deseos del estado metropolitano y su clase gobernante. En el caso de la colonia los intereses del país y sus clases indígenas no se enlazan con los programas del gobierno por una razón muy sencilla, que el gobierno es ajeno y sirve a los intereses de la metrópoli, no a los de la colonia. La expresión real de los intereses coloniales inevitablemente requiere la oposición a los programas imperiales y al go-

¹² "Colonialism, Stages of Colonialism, and the Colonial State" (mimeógrafo), p. 5.

bierno que los maneja. Los colonizados eventualmente se oponen aún a las decisiones diseñadas para ayudar a la colonia ya que la demanda básica es el control de su propio destino, una verdad que curiosamente muchos imperialistas liberales no entendían.

En el caso de la India esta situación se nota claramente en los remedios a los problemas de la India propuestos por los evangélicos y los utilitarios. Para los primeros la solución se encontraba en la educación occidental y la conversión al cristianismo; para los utilitarios en la educación y la reforma del sistema legal y constitucional. Los dos creían que estos cambios podían implementarse solamente bajo un gobierno británico permanente. Sin embargo, en la medida que se realizaba su programa, éste solamente servía para fomentar la oposición.

Según Hanna Arendt, cualesquiera que sean las diversas corrientes ideológicas y las discusiones de programa que sucedan entre los gobernantes extranjeros del estado colonial, hay una presuposición ideológica que todos ellos comparten. Es la costumbre de "pensamiento de raza" (race-thinking), que en la segunda mitad del siglo XIX gradualmente se convertía en el racismo abierto con la ayuda de las doctrinas de los poligenistas y los darwinianos sociales. Arendt define las ideologías como "sistemas basados en una sola opinión que resultaba bastante poderosa para atraer y persuadir a una mayoría de la gente y bastante amplia para guiarla por las distintas experiencias y situaciones de una vida ordinaria moderna".¹³ Sostiene que para fines del siglo XIX sólo dos ideologías dominaban el mundo occidental, todas las demás eran ideologías de conquistados: "la ideología que interpreta a historia como una lucha económica de clases, y la otra que interpreta la historia como una lucha natural de razas".¹⁴ En el caso de Inglaterra la segunda ideología llegó a dominar a través de una serie complicada de eventos políticos e intelectuales. En la opinión de Arendt, uno de los primeros

¹³ H. Arendt, *Imperialism* (New York, 1968), p. 39.

¹⁴ *Ibid.*

y más importantes de estos eventos era la declaración de Edmund Burke sobre las libertades de los ingleses que eran "una *herencia exclusiva* (entailed inheritance) que nos llega de nuestros antepasados".¹⁵ Con esta hipótesis Burke quería desacreditar los Derechos del Hombre propuestos por la odiada Revolución Francesa y sustituirlos por los Derechos de los Ingleses. Aunque esta doctrina de una herencia única y superior de la nación inglesa no era abiertamente racista en su formulación original, en realidad funcionaba prácticamente de la misma manera para legitimar la sujeción permanente de los pueblos coloniales que no contaban con esta herencia. Abría el camino para la alianza ilógica pero persuasiva del nacionalismo y racismo que formaba la base de la madura ideología imperialista del siglo xx.

La afirmación de Burke es, sin duda, sólo una articulación de una doctrina comúnmente sostenida por los ingleses, y no su fuente. De todos modos la idea de una herencia cultural única y superior de la nación inglesa y una paralela herencia única pero inferior de la nación india (o las naciones indias si las culturas hindú y musulmán se consideraban como independientes) se encontraba repetidamente en los comentarios ingleses sobre la India al menos desde el tiempo de las *Observaciones* de Grant (1792).

Si la libertad fuera el elemento clave de la herencia de Inglaterra, el despotismo oriental y la anarquía política y social eran la herencia de la India. El despotismo oriental es una idea de amplio abolengo en la vida intelectual de occidente. Aunque ya estaba presente en Herodoto, en realidad dimana del comentario famoso de Aristóteles: "los bárbaros son más serviles por naturaleza que los griegos, y los asiáticos son más serviles que los europeos; por tanto soportan un gobierno despótico sin protesta. Tales monarquías son como las tiranías, pero seguras porque son hereditarias y legales."¹⁶ En su *Lineages of the Absolutist State*, Perry

¹⁵ Burke, citado en *ibid.*, p. 56.

¹⁶ *Politics*, III, ix, 3, citado en P. Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (London, 1974), p. 463.

Anderson hábilmente discute la evolución y el contenido cambiante así como la aplicación de esta idea desde que volvió a formar parte de la discusión europea en la época del Iluminismo. Montesquieu hizo la primera formulación sistemática del concepto en su *De l'Esprit des Lois*. Anderson identifica como "los axiomas básicos" de la crítica de Montesquieu "que en los estados asiáticos faltaba la propiedad privada estable o una nobleza hereditaria y por tanto eran arbitrarios y tiránicos en su carácter".¹⁷ Montesquieu afirmaba también que la religión reemplaza a la ley en las sociedades orientales y que principalmente por esta razón quedan estancados. Adam Smith hacía hincapié en las diferencias entre las economías de las sociedades orientales y europeas y subrayaba el papel de las obras hidráulicas, una idea que eventualmente produciría un fruto indigesto en el *Oriental Despotism* de Wittfogel. Hegel aceptó el carácter tiránico y estancado del despotismo oriental e introdujo la idea que se basaba en aldeas abiertas y autónomas cuya única conexión con el gobierno central era el pago de los impuestos.

El conjunto completo de ideas sobre el despotismo oriental elaborado por estos y otros autores como Harrigton, Boivin, Bacon, Bernier, Machiavelli, James Mill y Richard Jones se sintetizó parcialmente en el modo de producción asiático de Marx. Aunque este modo se abandonó oficialmente en la conferencia de Leningrado de 1931, ha resucitado en años recientes entre los marxistas europeos cuyas discusiones todavía no han logrado ningún consenso. El problema básico parece ser que para que se aplique el concepto de toda Asia (y quizá a América pre-colombina también), hay que definirlo de una manera tan general que queda prácticamente vacío de contenido. Si cada una de las sociedades antiguas propuestas para ser miembros del club del modo asiático de producción se analiza detalladamente, se advierten abrumadoras diferencias y contradicciones. Por esta razón muchos his-

¹⁷ *Ibid.*, pp. 463-64. La discusión de este párrafo se basa principalmente en Anderson, op. cit., pp. 262-83. Para un examen detallado de los elementos inherentes que componen el concepto en las obras de los autores mencionados, véase el texto de Anderson.

toridores marxistas de las sociedades antiguas de Asia, incluso el historiador indio D. D. Kosambi, dejan de lado el concepto y analizan las diferentes formaciones sociales y económicas de sus regiones en sus propios términos específicos.¹⁸

Habiendo propuesto que el despotismo oriental es el concepto clave en las interpretaciones pro-imperialistas de la política y la sociedad de la India antigua, queda por mostrar cómo se desarrolló en los trabajos de algunos importantes autores imperialistas y cómo los nacionalistas reaccionaron en su contra.

El primero de los autores que quiero considerar es el evangélico Charles Grant, quien escribió su *Observations of the State of Society among the Asiatic Subjects of Great Britain* en 1792 aunque no se publicó hasta 1797. Esta obra desempeñaba un papel importante en proporcionar argumentos a los partidarios de la llamada cláusula misionera en el debate de 1813 sobre la reanudación del contrato con la Compañía. Ni Grant ni los otros autores que discutiremos hacen un análisis sistemático del despotismo oriental a la manera de Montesquieu, pero de su larga historia e influencia nociva sobre la sociedad india, Grant no tiene duda alguna:

Ellos han tenido para sí un despotismo completo desde la antigüedad más remota; un despotismo, el más notable por su poder y duración que el mundo nunca haya visto. Ha imbuido su gobierno, su religión y sus leyes. Por sus varias ramificaciones ha formado los rasgos esenciales del carácter que siempre tuvieron, hasta donde llega la luz de la historia, y que todavía poseen; ese carácter que los ha hecho presa para todo invasor indiferentes a todos sus gobernantes, y fáciles en su cambio; con un pueblo vacío del espíritu público, del honor, del apego; y en sociedad, viles, deshonestos e infieles.¹⁹

El despotismo es no sólo el principio del gobierno del Hin

¹⁸ Los libros y artículos escritos sobre el modo de producción asiático son infinitos. Consultamos especialmente E. J. Hobsbawm y K. Marx, *Formaciones económicas precapitalistas* (México, 1976); J. Chesnaux *et al.*, *El modo de producción asiático*, y G. Sofri, *El modo de producción asiático* (Barcelona, 1971).

¹⁹ Grant, p. 32.

dustán sino un principio original fundamental e irreversible en el marco mismo de la sociedad.²⁰

En esta última afirmación parece que Grant se deja llevar por su propia retórica ya que en realidad creía que la herencia degradante del despotismo oriental podía ser mitigada, si no eliminada, por la perpetua o virtualmente perpetua hegemonía británica, con tal que los gobernadores se comprometieran a educar al pueblo indio en las ciencias occidentales y sobre todo a convertirlos al cristianismo. Cuando Grant plantea la objeción teórica de que tal educación pudiera hacer que los indios llegaran a ser "turbulentos para la libertad inglesa", una objeción que eventualmente se mostraba muy acertada, su respuesta pone de manifiesto tanto el racismo incipiente de su ideología como la confianza sublime de Burke en "la herencia exclusiva" de Inglaterra:

Un espíritu de libertad inglesa no se contagia de una descripción escrita de él, por asiáticos lejanos y débiles especialmente. No se concibió ni se transmitió originalmente a través de un esquema teórico. Se ha cultivado en el transcurso de las épocas de los esfuerzos activos de los poderes humanos; y tal vez puede ser gozado solamente por un pueblo preparado. Es más probable que el ejemplo inspire el gusto para quien relata; pero las naciones de Europa han visto esa libertad y sus grandes efectos sin ser llevadas a las imitaciones de ella; porque la revolución francesa no sigue sus principios; es una irrupción del ateísmo y la anarquía.²¹

James Mill ofrece una visión muy semejante del despotismo oriental, si bien desde un punto de vista utilitario, en su *History of British India* (1817):

Después de la división de los pueblos en rangos y ocupaciones, la gran circunstancia por la cual su condición, carácter y operaciones se determinan, es el sistema político; el sistema de acciones por el cual el orden social se preserva. Entre los hindúes, según el modelo asiático, el gobierno era monárquico, y, con la usual excepción de la religión y sus ministros, absoluto.²²

²⁰ *Ibid.*, p. 34.

²¹ *Ibid.*, p. 79.

²² Mill, Vol. I, p. 66.

Mill afirma, de una manera semejante a la de Grant, que es posible inferir cuál era el carácter original de la civilización hindú a través de un examen de "las leyes e instituciones que ellos elaboraron, las costumbres que adoptaron, y las artes y las ciencias a que atendieron". La única conclusión posible, según Mill, es una muy negativa:

Pero en cuanto a los hindúes, sus leyes e instituciones se adaptan al mismo estado de la sociedad que ahora se observa. Lo que ahora se ve son leyes e instituciones que en vez de atestiguar cualquier estado más perfecto de la sociedad, parecen completamente incompatibles con él; un estado que no pudiera ni empezar ni existir bajo ningún otro de los estados de la mente humana, el más tosco y débil. Igual con las costumbres, las artes y las ciencias de los hindúes antiguos que se corresponden exactamente al estado de sus leyes e instituciones. Todo lo que sabemos del estado antiguo de Hindostán concurre para probar que era bárbaro.²³

El libro de V. A. Smith, *The Early History of India*, publicado por primera vez en 1904, incorpora un avance importante en el conocimiento de la historia política de la India antigua. Smith se provee de una variedad de fuentes desde textos clásicos, pali y sánscrito hasta monedas, inscripciones, y narraciones de viajeros para construir un marco histórico que ha sobrevivido casi intacto hasta la actualidad. Dado que pertenece en cierta medida a las tradiciones orientalistas, raramente se entrega a condenas generalizadas de la civilización de la India antigua al estilo de Grant y Mill. No obstante, su predisposición eurocéntrica e imperialista se ve claramente en su énfasis en la inestabilidad política general de la India antigua, que ve interrumpida solamente por algunas grandes dinastías de corta vida como las de los Guptas y los Mauryas. Su larga discusión de la campaña de Alejandro Magno en la India —una señal clara de su eurocentrismo—, por ejemplo, termina con una descripción del estancamiento de la civilización india completamente compatible con las discusiones de Grant y Mill:

²³ *Ibid.*, p. 461.

La India se detuvo. Las heridas de batalla pronto se curaron: los campos saqueados sonreían de nuevo mientras los bueyes pacientes y los agricultores igualmente pacientes volvían a sus labores interrumpidas; y los sitios de las miriadas de personas muertas se llenaban de multitudes de una población que no conoce ningún límite excepto el del impuesto por la crueldad del hombre, o por las aún más despiadadas catástrofes de la naturaleza. La India no se helenizó. Seguía viviendo su vida de "espléndido aislamiento", y pronto se olvidó de la tormenta macedonia pasada.²⁴

En la época en que se publicó el libro de Smith el despotismo oriental se había convertido en un concepto algo ambiguo como una justificación para el gobierno imperial ya que el gobierno colonial resultaba acusado de ser un despotismo de este tipo. Smith resuelve esta dificultad trastocando el concepto y lamentando la vuelta de la India "a su condición normal de autonomía anárquica" después de su unificación temporal y parcial bajo "el despotismo sano de Harsha":

Los siguientes capítulos, que pretenden dar un esbozo de los rasgos salientes en los anales confusos de los pequeños estados indios cuando se les dejaba que hicieran lo que se les antojara durante varios siglos, tal vez pueda servir para dar al lector una idea de lo que la India siempre ha sido cuando estaba libre del control de una autoridad suprema, y que volvería a ser, si la mano del poder benévolo que ahora protege sus fronteras se retirara.²⁵

Los historiadores de India antigua que se oponían a los intereses imperialistas eran relativamente pocos. La mayoría limitaba sus interpretaciones a la afirmación de que la civilización de la India antigua representaba una edad de oro en la historia del hombre, excepto quizás en los períodos perturbados por invasiones extranjeras. Por ejemplo, Chandragupta II (c. 375-415) de los Guptas "imperiales" a veces era alabado por su conquista de los Sakas "extranjeros" en términos exactos como la imagen de un espejo de los elogios

²⁴ Smith, pp. 117-18.

²⁵ *Ibid.*, p. 372.

británicos a las conquistas de Clive.²⁶ Las afirmaciones de una edad de oro de la civilización hindú son en realidad poco más que una inversión de la hipótesis de un estancado despotismo oriental cambiada para dar ventajas a la India. Sin embargo, el rey nunca era visto como un déspota tiránico y absoluto. Estudiosos como K. P. Jayaswal y A. S. Altekar intentaban describir al rey indio como un monarca constitucional digno de una comparación con la reina Victoria. Tales halagos al gobierno imperial aunque disfrazados eran relativamente inofensivos, y de hecho servían como propaganda positiva para la unificación nacional, los autores que atribuían la culpa de la caída final de esta edad de oro a los musulmanes arriesgaban, a veces conscientemente, el despliegue de sentimientos comunales.

La interpretación que una obra nacionalista da a la historia antigua merece un comentario más detenido. Se trata del *Discovery of India* de Jawaharlal Nehru. Por supuesto Nehru no era un historiador profesional, sin embargo su visión spengleriana del ascenso y decadencia gradual de la civilización de la India antigua es muy importante, si bien tanto su estudio del sistema de castas como su debilidad principal evidentemente dimanaban más de su entusiasmo reformista que de la probabilidad histórica:

No hubo ni ha habido un desplome de la civilización india tan dramático —como el de Roma antigua—. Más aún ha mostrado un poder asombroso de supervivencia a pesar de todo lo que ha pasado; pero es notable la decadencia progresiva. Es difícil especificar en detalle las condiciones sociales a fines del primer milenio después de Cristo, pero se puede decir con seguridad que la economía creciente de la India había terminado con una fuerte tendencia a contraerse. Probablemente esto era el resultado inevitable de la rigidez y exclusividad de la estructura social de la India representada por el sistema de castas.²⁷

²⁶ Los Sakas habían estado en la India desde principios del siglo II y estaban completamente aculturados. Se entiende su calificación de ser "extranjeros" solamente a la luz del imperialismo y del comunalismo. Para interpretaciones de este tipo de Chandragupta, véanse R. D. Banerji, *Age of the Imperial Guptas* (Benares, 1933) y R. C. Majumdar y A. S. Altekar, *The Vakataka-Gupta Age* (Lahore, 1946).

²⁷ (Bombay, 1916), pp. 235-36. D. D. Kosambi escribió una reseña del

La transición a los estudios de la India antigua escritos en la época post-independiente está representada por el texto mercedamente popular de A. L. Basham, *The Wonder That Was India*, publicado por primera vez en 1954. En sus quinientas páginas Basham repasa con afecto, con un sentido común juicioso escrito con elegancia literaria, los frutos más importantes de casi doscientos años de estudios orientalistas sobre la prehistoria, la historia, las ideas políticas, la vida social y económica, la religión, y la literatura y artes plásticas de la India antigua. Lo que Basham intencionalmente se niega a hacer es ofrecer radicalmente nuevas y especuativas interpretaciones de las fuentes del cambio y conflicto en la India antigua y de las interrelaciones de la economía, la política, la estructura social y los valores culturales. Lo que su trabajo hizo fue establecer una base sólida y concisa para los futuros esfuerzos en esta dirección.²⁸

D. D. Kosambi no tiene la misma renuencia. Sus dos obras generales, *An Introduction to the Study of Indian History* y *The Culture and Civilization of Ancient India in Historical Outline*, esparcen nuevas ideas y comentarios estimulantes por todos lados.²⁹ Aunque algunas de sus hipótesis especulativas difícilmente se verifican, muchas han abierto fructíferos nuevos caminos de entendimiento y de investigación como su hipótesis del desarrollo político y económico de la India a partir del siglo III d. c. debido al establecimiento de una economía basada en aldeas casi autónomas colonizadas por la iniciativa privada. Más confusas pero también fructíferas son sus especulaciones sobre

libro de Nehru en *Science and Society*, X (1946), pp. 392-98, en la cual critica la ausencia de un análisis de clase; Kosambi veía esto como un presagio de la dominación del nuevo estado por la clase burguesa.

²⁸ Las otras obras importantes de Basham incluyen *History and Doctrines of the Ajivikas* (London, 1951), y *Studies in Indian History and Culture* (Calcuta, 1964). Ésta es una colección de artículos escritos en varias épocas, contiene uno importante de tipo especulativo, "The Indian Subcontinent in Historical Perspective", que pretende explicar el ascenso y decadencia de las dinastías mayores de la India hasta el presente y criticar una cantidad de generalizaciones comunes sobre la civilización antigua de la India.

²⁹ (Bombay, 1956) y (London, 1965) respectivamente. Las ediciones

el desplome del imperio Maurya, que a veces parece atribuir a la misma causa. Con estas teorías Kosambi vuelve a introducir dos aspectos del despotismo oriental tradicional, la aldea autónoma y el estancamiento social, pero lo hace por un limitado período de la historia y desde una ideología marxista y no imperialista. Un importante estudioso contemporáneo que ha continuado y sistematizado mejor algunas de las hipótesis de Kosambi es R. S. Sharma. En su *Indian Feudalism: c. 300-1200* afirma que la enajenación progresiva de los impuestos estatales por medio de donaciones de tierra a los brahmanes y los funcionarios políticos producía una descentralización feudal y el desplome económico del estado indio antiguo.³⁰

La influencia tanto de Basham como de Kosambi se ve claramente en las obras de Romila Thapar. Hasta ahora se ha negado a lanzar especulaciones y generalizaciones teóricas, pero también ha mostrado un creciente desagrado con la indiferencia al estudio del cambio y el conflicto social en la tradición orientalista. Su intención principal es la de escribir una historia que se ocupe menos de hechos puramente políticos y más de "las instituciones y eventos que han contribuido a la evolución de la cultura india" con la ayuda de las técnicas de las ciencias sociales.³¹

En los últimos años el enfoque de la historia es cada vez más el que la relaciona con el grupo de las ciencias sociales. Esto ha tenido dos resultados principales. Primero, ha introducido nuevas técnicas de análisis y material comparativo de las sociedades paralelas, paralelas tanto en tiempo como en espacio. Segundo, ha creado un mayor auto-conocimiento de los prejuicios ideológicos entre los historiadores. Por tanto hay un interés en lograr el reconocimiento de los compromisos ideológicos de las décadas anteriores y presentes, en su aceptación de

de textos sánscritos y muchos de los artículos de Kosambi muestran el rigor académico que a veces falta en estas dos obras generales sin que fallen en ser originales y provocativos. Véanse especialmente su *Myth and Reality* (Bombay, 1962) y su introducción a su edición del *Subhāṣitaratnaḥa* de Vidyākara (Cambridge, Mass., 1957).

³⁰ (Calcuta, 1965).

³¹ *A History of India*, Vol. I (Harmondsworth, 1966), p. 22.

generalizaciones históricas bien establecidas y en intentar además una nueva revisión de muchas de las fuentes de estas generalizaciones.³²

Sus obras se ocupan principalmente de hacer un análisis y una refutación cuidadosa de los prejuicios y generalizaciones de los historiadores anteriores. Las generalizaciones que hasta ahora ella ha hecho con más éxito en su artículo en *Daedalus* sobre "Ethics, Religion and Social Protest", son bien documentadas pero no pretenden superar un nivel medio. Muchas veces uno siente que a las obras les falta un conjunto de generalizaciones teóricas que pueda unificar la totalidad. Una obra histórica que hace tales generalizaciones indudablemente arriesga, de hecho requiere, la formulación de un aparato ideológico, pero esto es precisamente lo que la hace digna de reflexión. Hoy en día nadie lee a Grant o Mill, ni siquiera a Nehru, para sacar datos históricos exactos. Siguen siendo autores importantes precisamente debido a sus prejuicios, es decir debido a su visión ideológica. "La exactitud", advierte Housman, "es un deber, no una virtud".³³

³² "Ancient Indian History and Some Inter-Disciplinary Analyses", publicado en *Estudios de Asia y Africa*, Vol. XII, núm. 33. Las otras obras de Thapar incluyen *Asoka and the Decline of the Mauryas* (London, 1961). *The Past and Prejudice* (New Delhi, 1973) y "Ethics, Religion, and Social Protest in the First Millennium B. C. in Northern India" en *Daedalus* (Primavera de 1975), pp. 119-32.

³³ Citado en E. H. Carr, *What is History?* (Harmondsworth, 1965). p. 10.